

Noticia sobre dos Poetas Peruanos.

Esta plática debió realizarse el año próximo pasado, a raíz de la visita que hiciera a Rosario aquella dulce peregrina de los negros ojos acogedores, de la mente clara, del corazón grávido de ternura, que movía sus alas como al soplo del aura leda, suave, perfumada de los madroños, jazmines y "bellísimas" de las "Tradiciones". Yo, que había soplado en la siempre encendida curiosidad de Angélica para que viera y conociera y amara a este Rosario que los americanos—y hasta muchos argentinos—conocen poco y mal, y a su turno le ofrendara a la gran ciudad "sin Historia", el regalo de su Perú y de su Lima con la flor exquisita de su espíritu; yo me proponía poner un como "colofón" al Mensaje de la Embajadora, con unas impresiones sobre dos hermanos de raza, de credo y de nimbo: Una poeta y un poeta peruanos de los días que corren, señores del estilo y del verbo, contra fuertes castizos—como ella—de las mejores tradiciones y de las más fundadas esperanzas del alma de Hispano América transvertida en la sonora y rica lengua de Cervantes.

Quisieron los hados que fuera Rosario el puerto final de aquellas andanzas de luz y color y amor, de aquel crucero de ensueño, en la proa de cuya *navigella* parecía lucir esta enseña: Soy un soplo y traigo una eternidad.

El tiempo que transcurrió después fué poco para la angustia, el homenaje y la meditación sobre nuestra deuda; y es apenas en el Aniversario de aquella infausta despedida que se atreve mi recuerdo apenado a cumplir aquel compromiso con esta Escuela y con su gentil Directora, bajo el peso de una responsabilidad que advierte el nombre patronal que, a su pedido, yo puse como un programa:

“Nicolás Avellaneda” que es decir, Verdad, Belleza y Bondad en el servicio, por el amor y para la grandeza de la Patria.

Hace poco tiempo, en un acto de justicia y de cultura, evocando la oración inaugural del Real Instituto Asturiano de Gijón por el eminente Gaspar de Joverlanos, dije: que al lema de este “*quid verum - quid utile*”, agregaríamos nosotros, como norma docente, el *quid pulchrum* que compendia la limpia belleza que hemos de poner como empeño en toda empresa del alma.

Y bien: lo recuerdo ahora porque deseo, como prólogo o proemio a mi noticia sobre dos poetas peruanos, renovar mi profesión de fe artística, una profesión de apenas un receptivo, un irrealizador, pero que, en un largo andar y bucear y tropezar por los caminos donde la belleza busca su expresión, fué estratificando impresiones y sintiendo el nacer lento de su conciencia y de su devoción. Creo en el arte hijo de la libertad que es espontáneo movimiento del alma en busca de la gracia; creo en el arte salud, que es limpieza del espíritu; creo en el arte verdad que es arraigo en la realidad del mundo físico y moral, con intento y ansia de superación, “*pedes in terra, ad sidera vissus*” como reza el lema de la Universidad de Tucumán; creo en el arte bondad, que es dación plena de nuestra luz y de nuestra armonía para que se

iluminen gozosamente los ojos de los tristes y en sus oídos revibre la sinfonía de la fé, de la esperanza y del amor.

Idealismo y realismo pierden, así, su sentido antinómico—ya lo advirtiera Carlyle—y nadie aprecia y goza del perfume, el color y la forma de una rosa como el jardinero que pasó hasta el crepúsculo, encorvado sobre su planta, removiendo tierra, eliminando yuyos y refrescando raíces y ramas con la linfa que él mismo trajo de su fontana. El arte pulcro no está—desde este punto de vista—reñido con las más vivas e íntimas expresiones y representaciones de la naturaleza, ni siquiera con sus deformaciones físicas y espirituales, pero, en el cuadro, ellas han de ser como el fondo y el contra luz que destaquen el tema y el perfil de un ensueño. Macbeth, Shylock, Yago surgen en la intuición genial de Shakespeare, con el tremendo insuperado vigor de sus desorbitadas fealdades, como arrancadas con fiero ademán del hondón de la borrasca humana, para que, por contraste, resplandezca la gracia divina de la ternura de Desdémona, en la hidalguía de Malcom, en el ingenio, el amor y la justicia de Porcia; y por eso, meditando *de Sanctis* sobre el “Infierno” de Dante dice: “Es en el reino de los muertos donde por primera vez en el mundo moderno palpita, se siente la vida. ¡Cuán bella es la luz”, “*lo dolce lume*”, para Cavalcanti!

¡Cuánta melancolía hay en la selva de los suicidas despojada de verdor! ¡Cuán conmovedor es Brunetto que recomienda a Dante su *Tesoro* y Pier delle Vigne que le recomienda sus Memorias! ¡Cómo sonrío el jardín del pecado ante *Francesca*!

“Con el vivo sentimiento de la dulce vida (Infierno X-62-82-XXVI, 26) de la bella Naturaleza, va aparejado el sentimiento de la familia. Aquel padre que cae supino al oír la noticia de la muerte de su hijo; y Ugolino que, condenado a morir de hambre, mira las caras de sus hijos; y Anselmuccio que le pregunta: ¿Qué tienes? y Gaddo que le dice: ¿Por qué no me ayudas?. Son escenas solitarias de la poe-

sía italiana. Cada uno está en una situación apasionada. Los sentimientos agudizados idealizan y agrandan los objetos. Todo es colosal y todo es natural. Y en el medio, “*torreggia*”, señorea Dante, el más infernal, el más viviente de todos: piadoso, desdeñoso, cruel, sarcástico, vengativo, feroz, con su elevado sentimiento moral; con su culto de la grandeza y de la ciencia hasta en plena culpa, con su desprecio por lo vil y lo innoble; alto sobre tanta plebe; tan ingenioso en sus venganzas, tan elocuente en sus invectivas”.

Y ¿por qué habríamos de olvidar los numerosos capítulos en que Cervantes parece complacerse en ofrecer en “Don Quijote” cuadros y escenas no superadas en crudeza por el Zola de los *Rougón*? Sin embargo, la novela inmortal también “*torreggia*” por sobre el espacio y el tiempo, más alto y más hermoso, más duradero que los alcázares y los castillos, más limpia e idealista que el Campeador.

¿Cómo así estas paradojas?

Porque en el concepto Shackespearino, Dantesco y Cervantino, “el espíritu que habita dentro de su mundo es la progresiva desilusión de las formas, una constante ascensión de carne a espíritu, la emancipación de la materia, de los sentidos mediante la expiación y el dolor, la colisión entre lo satánico y lo divino...”

Es, entiéndase bien, elevación, afinamiento, superación, idealización, no es repulsa, ni condena, ni reniego de la materia; no es inmisericorde fulminación del desvío.

Sobre el légamo de los detritus y el limo que forma la tierra de mi jardín, vive un jazminero trepador que, en las tardes, se cubre de estrellas, refresca y perfuma la casa y la vida de sus moradores, a veces triste o cansada, e incluso entre su tupido ramaje defiende el nido y alienta el piar gozoso de una “tacuarita” confidente.

No quiere decir esto que abramos un crédito a la escatología, al desborde sensual, a ese pseudo arte que consiste en catalogar o representar manifestaciones materiales

de la naturaleza en sus aspectos inferiores y en su crudeza de taras y desperdicios, deformando muchas veces esas mismas inferioridades. Hace pocos años en un prestigioso local de Buenos Aires se exhibieron muestras de un llamado "Arte francés moderno"; fuí a visitarlas y, de entrada nomás, en el primer salón a izquierda y al frente, me impresionaron desagradablemente dos telas que parecían un desafío a la verdad, al pudor y a la dignidad de todo intento estético: uno de ellos representaba el vuelo de un ave sobre un lago; mediocres el dibujo, el color, la perspectiva, pero lo muy malo era que la figura del ave se proyectaba sobre el agua tranquila en posición invertida, tal como si la fantasía pudiera rectificar las leyes fundamentales de la óptica; y el otro era un desnudo, grosero como cuadra al modo *soi dissant* "superrealista", con anatomía deforme, con un movimiento que ni siquiera podrá pretender el calificativo de audaz, descocado, era simplemente la turpitud embardunada de colores subidos.

Un joven poeta de viva inspiración, de fino vuelo lírico, de dominio castizo, entregó al campo literario, un bello volumen de poemas; sus colegas y algún funcionario alentaron al acda, un tanto bohemio, pero la marea, entonces en prolongado flujo, del modernismo detonante y "épatante", le mal inspiró un nuevo libro que llamó "La trompa de Fallopio" y en donde, como si un querubín se tirara con hambre y sed en un infernal círculo dantesco, donde no los lujuriosos, sino la sentina de la lujuria se exhibiera, describía y evocaba manifestaciones que son excrecencias de toda sociedad.

¿Es esto arte, me dije? ¿Lo es, así mismo, a título de música, ese abracadabra disártrico, trasunto de la rebeldía contra la norma, el ritmo, la armonía que de las esferas baja a las aves y se anidó en el alma genial del autor de la 9.^a Sinfonía?

Que no he adoptado ahora una posición de circunstancias, oportunista, al acentuar mi repulsa de tales intentos de

arte, lo dirán los párrafos siguientes de una carta en la que acusaba recibo, hace dos años y medio, del bello libro de Navarro Monzó "La Misión del Arte en la Cultura de América".

"La originalidad y el decoro en el arte como expresión de "la relación de nuestro yo con el yo universal", no se armoniza, sin duda, con esas manifestaciones que, en nombre de una supuesta rebeldía iconoclasta, de un credo de renovación, amontonan muestras de fealdad notoria en donde faltan las normas elementales del dibujo, de la anatomía, de la óptica, del equilibrio, del ritmo, de la cadencia, del tiempo; ni tampoco han de llegar a ninguna parte, ni gravitar en ninguna forma en el afinamiento y afianzamiento del arte y la cultura nacional, los artistas nuestros que combinan líneas, colores, sonidos o imágenes con suma habilidad técnica, con agudo ingenio—a veces—pero sin un sentido profundo de lo ideal que existe en la realidad que lo circunda y de que él forma parte, del valor y trascendencia universal que él puede dar, si es realmente artista, al aparentemente limitado panorama exterior e interior donde está situada y se desarrolla su existencia" (Carta de Febrero 19 de 1934).

DOÑA AMALIA PUGA DE LOSADA

Ni he intentado ni una tesis ni un ensayo en las precedentes reflexiones sobre el arte; me limité a un proemio al tema principal de mi plática: *Noticia sobre dos poetas peruanos* y ni tampoco para excusar o explicar modos de ser o aspectos o perfiles complejos o sospechosos de esos artistas, pues Doña Amalia Puga de Losada y Don Alberto Ureta son clara linfa, prístina luz, albura inmaculada en su pensamiento, en su sensibilidad y en su verbo alado. Me propuse solamente, quizá con vanidad excesiva, un anticipo de la

glosa y de las sugerencias que fluyen del conocimiento, pronto convertido en simpatía—ya lo vereis—del espíritu de quienes ocupan puesto prominente en las letras del grande y noble país hermano.

Doña Elvira García y García, prestigiosa escritora compatriota de Doña Amalia, miembro de las sabias corporaciones “Sociedad Geográfica”, “Instituto Histórico” y “Ateneo” de Lima—a quien pronto conoceréis tal vez puesto que se anuncia su llegada al país—en su interesante obra “La Mujer Peruana a través de los Siglos” aboceta fiel y sentidamente la personalidad de la “poeta”—no “poetisa”, como le advierte Doña Concha Espina en un elogioso estudio crítico sobre nuestra María Alicia Domínguez—y lo mismo ha hecho la “Editorial Cervantes” prologando la selección de sus mejores poesías. No es precisamente en esas fuentes en las que se despertó mi interés por la personalidad de la destacada cultora de las letras; fué en las páginas del “Mercurio Peruano”—de cuyo cuerpo de redacción formaba parte su hijo Don Cristóbal Losada y Puga, matemático ilustrado con una cultura humanística bien apreciable y un don caballeresco de fino metal—donde nació mi simpatía inicial con la lectura de su “tradición” “*Del Mal el menos*” que prologaba esta nota tan expresiva del director Don Víctor Andrés Belaúnde:

“Al honrar las columnas del “*Mercurio*” con la bella tradición escrita por la Señora Amalia Puga de Losada, iniciamos la realización de nuestro viejo ideal de vincular la obra de la nueva generación con las producciones de los literatos más notables de la generación precedente. En ella ocupa puesto excepcional la brillante escritora, no sólo por sus ensayos, escritos en prosa castiza, rica en ideas, principalmente por sus inspirados versos. Es la señora Puga de Losada una poetisa que ha sabido unir en sus composiciones la delicadeza del sentimiento femenino con la fuerza y la firmeza, la delicadeza y la profundidad de los sentimientos viriles



Y en consonancia con este contenido espiritual, sus versos tienen al mismo tiempo que dulzura y armonía, modelación impecable y entonación vigorosa. Su inspiración es de aliento épico, dentro de los moldes de serenidad y perfección de los mejores modelos clásicos. Algunos cuadros coloristas y de relieve de nuestra historia indígena podrían dar motivo para que la poetisa insigne nos brindara dipticos o trípticos del mismo valor estético de los que le han inspirado escenas de la Iliada o de la historia romana. Las páginas nacionalistas del "Mercurio" acogerían jubilosas esas composiciones, que corresponden a su ideal de cultura; y entre tanto, rinden a la primera de nuestras escritoras, el sincero homenaje de su admiración".

Esto, dicho por quien no tuvo nunca fama de fácil o dadivoso en la crítica, y la inclusión de la escritora entre la falange de los García Calderón, Luis Fernán Cisneros, Javier Prado Ugarteche, Manuel Vicente Villarán, Carlos Ledgard, José Gálvez, Salinas Cossio, José de la Riva Agüero y Osma, etc., era una campanada para el argentino que, mal pertrechado, recién se asomaba a la vida literaria del Perú.

Doña Amalia Puga nació en *Cajamarca* la "Caxamalca" de los conquistadores y cronistas españoles, la ciudad precolombina, donde cayó el poderoso Imperio de los Incas y echó bases firmes el de Castilla de León, gracias a la astucia, la perfidia y el valor incommensurable de Pizarro; el ultra poderoso Tahuantinsuyu que iba desde el Bío Bío hasta el Pasto, se deshizo el día mismo en que fuera apresado Atahualpa por los Wiracochas de la predicción a Huayna Capac en su lecho de muerte, en Quito. La Geografía y la Historia debieron impresionar vivamente la fina sensibilidad y despertar precozmente la clara inteligencia de la niña. Dramatismo intenso en las cosas de la naturaleza física y en los movimientos humanos. Asentada en un valle entre las Cordilleras Oriental y Occidental de los Andes, al pié de un

cerro—fortaleza—parece “un recinto amurrallado de negruzcos picachos que a los ojos medrosos simulan gigantes centinelas avisores”. Una raza terriblemente valerosa, los “Cajamarcas” resistió como pocas otras la acción reductora de los descendientes de Manco Capac y recién bajo la acción sabia del antepenúltimo Inca, Tupac Yupanqui, se sometieron. Durante la Colonia y la Vida Independiente, los cajamarquinos se señalaron por su espíritu rebelde que signó, más de una vez y hasta en nuestros días, la eterna tragedia del “Cuerpo que busca su perdido equilibrio”.

El doble mundo que vive en todo peruano, sobre todo, serrano, el de la vieja civilización o cultura que arraigó y levantó la imponente fábrica del Incario—y el castizo que le sustituyó sin absorberlo ni aniquilarlo, ese doble mundo fué vivido desde joven por la niña Amalia y, bien femenina por cierto, veía la rueca y sentía el cantar de cuna de Mama Oicillo, al par que exaltaba su devoción la valerosa compañera de los conquistadores y colonizadores “la Señora Española Desconocida” y el dulce misticismo de Santa Rosa; y por eso, entre sus primeros escritos, reveladores de su capacidad, están el poema *El Descubrimiento* y sus estudios sobre *El Folklore indígena andino*. Después, la consagración, la nombradía de los versos, los ensayos, las tradiciones, las novelas. Pero no sin que antes, como un interludio, engarzara en su vida el poema y la novela—¡casi parece una tradición!—de su amor y de su hogar. Las biografías han relatado el romántico episodio y ella lo evoca con rediviva ternura: A raíz de su triunfo en el certamen limeño de 1892 con su poema *Descubrimiento*, que fué el de su personalidad literaria, el *Ateneo* de la ciudad de los Reyes recibió a la joven, bella y talentosa cajamarquina con todos los honores de una consagración. Don Ricardo Palma, ya glorioso, fué el “mantenedor” y el caballero custodio de blanca virgen que con su halo sonrosado no traía solamente, como Leuconos, espacio para la ofrenda, sino también, ilusiones y esperanzas. La

fama y sus ecos traspusieron las fronteras patrias; un joven envió su admirado homenaje; luego un segundo mensaje que Cupido mismo traía en sus alas; después más breve la misiva pero la recaudan una bien compuesta fotografía y una flor ¿quizá de amancaes? Y un nuevo poema; esta vez un idilio: Lohengrin vino y se quedó con Elsa, que nada preguntó al hijo de Parsifal.

Literariamente Doña Amalia Puga de Losada no es una romántica; en sus sentimientos íntimos no es una extravertida; ni Eros ni Narciso la perturban; no se siente en ella, ni aun en los escasos poemas que tratan el tema eterno “ese perpetuo vagido” que menciona la autora chilena de “Remansos de Ensueño”. Esto no importa ni un mérito ni un demérito; es la afirmación de un modo de ser diferente del de Gabriela, Juana, Alfonsina, Gilka y del que no escapa la misma Sor Juana Inés cuando canta su soneto.

“Yo no puedo tenerte ni dejarte;
ni sé por qué al dejarte, o al tenerte,
se encuentra un no sé para quererte
y muchos sí se qué para olvidarte.

Pues ni quieres dejarme, ni enmendarte
yo templaré mi corazón, de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte
aunque la otra mitad se incline a amarte.

Si ello es fuerza querernos, haya modo;
que es morir al estar siempre riñendo;
no se hable más en celo o en sospecha;
y quien da la mitad no quiera el todo,
que cuando me la estás, allí haciendo
sabe que estoy haciendo la deshecha.

o aquellos versos más acentuados:

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve
se que lo siento, y no sé
la causa porque lo siento

o aquél estupendo:

Detente sombra de mi mal esquivo
imagen del hechizo que más quiero
bella ilusión por quien alegre muero
dulce ficción para quien penosa vivo.

y así varios otros.

Hay en la peruana un como invencible recato y pudor amoroso, o un renunciamiento y una concentración enternecida para los frutos de ese amor, para su hijo, para su nieto. Por ello, entre los poemas incluidos en la colección Cervantes, en los publicados en "Mercurio Peruano" y en otros diarios o revistas que he podido examinar, sólo uno encontré que responda a ese tan vehemente y domador "vagido"; es su soneto "Íntima" que dice así:

"Cuando pienso en tu amor, hallo sombría
la tierra de los hombres y la dejo;
Por acercarme a tí, de ella me alejo
como las aves al romper el día.

Cuánto ambiciono verte! El alma ansía
de tus ojos mirarse en el espejo,
Y así como a la luz sigue el reflejo,
seguirte por doquier Oh, antorcha mía!

Yo el "Hada-Luz" seré de tu destino;
Azahares y lauros de mi frente
Regaré, jubilosa, en tu camino.



Tu sirena, de amor desde la roca
te mandaré mi canto en el ambiente
de apasionados besos de mi boca.”

Otra característica de esta fina porta-lira es la de ser especialmente visual y evocativa; el panorama físico o histórico, las cosas que concentran aspectos de la vida que fué —intensa y honda— con sus rezumos penetrantes; el templo que acaso levantaron frailes venidos con La Gasca y completaron después alarifes indios, la vieja casona, los amplios zaguanes; “ve” más que “oye” y aun creo que, en la noche sosegada, al sentir el murmullo del arroyuelo que pasa cercano y la música sutil de la brisa sobre la fronda, “ve” hasta las nativas fuentes el curso inclinado y tortuoso de la linfa, saltando allá del peñascal, encajonada entre los cantiles, después, saludada luego, como por estandaríes reales por las rojas y gualdas achiras de la vega; o la elevada aguja negra de los pinos, la tupida ramazón de la recia “chonta”, y el espeso barandal de plantas y mazorcas que tan bellamente canta en su poema *Los Maizales*.

Pero siempre, en la prosa o en el verso, cualquiera sea el tema, un profundo sentido místico mueve las vibraciones de su espíritu. Ve y siente a Dios en todas las cosas y cuando arrebuja su alma en una plegaria, seguramente pide que la gracia se manifieste en lluvia para los predios, en frutos para el esfuerzo, en salud para los niños, en gorjear de pájaros.

Voy a leeros algunas poesías que justificaron, me parece, la elección de su autora para una conversación sin pretensiones críticas ni docentes sino apenas informativa.

Patrióticas o Nacionalistas.

“Francisco Pizarro”

“Metempsiscosis” (Mercurio).

Íntimas — Familiares.

“Abuelita”

“A mi hijo en su infancia”

“Mi ambición”.

Descriptivas.

“Las Hermanas Golondrinas” (Santa Rositas).

En la tierra del *Tradicionista* claro está que la Sra. Puga, como fué Gálvez, no podía escapar al sortilegio de aquella peregrina manifestación literaria en que historia y novela se adunan para que, lo real y lo fantástico de la vida de aquél pueblo, entren en la mente y en el corazón del mismo y le estimulen, como un aliento de romance y de epopeya, a buscar entre la grandeza del Ande y del mar, la de su propio porvenir.

Así en sus artículos:

“Del Mal el menos” y

“El Gozo en el Pozo”

se realiza cabalmente el predicado *tradicionista* (Hacer una síntesis de esas dos “tradiciones”).

Y por último, en ocasión del homenaje que las instituciones culturales, patrióticas y sociales de Lima unidos en el “Consejo Nacional de Mujeres del Perú” rindieron a la nombrada Embajadora de España en el 4.º centenario de la “Ciudad de los Reyes” Doña Concha Espina, la Sra. de Losada leyó un magnífico trabajo sobre “*La Señora Española Desconocida*” en el que, después de evocar la memoria, como tutelar de la *Inca Mama Oicillo* y de la Santa Hispana Criolla *Rosa de Santa María o Rosa de Lima* menciona a Doña Inés Muñoz, primera cultivadora del trigo y constructora y organizadora del Monasterio de la Concepción, y a

otras damas que, en digna compañía de los conquistadores y colonizadores, echaron las bases del hogar, de la sociabilidad, de la cultura y de la filantropía peruana de que fueron productos dignísimos las matronas que en la Independencia cimentaron la nacionalidad y dieron lustre a la Lima republicana de los "Salones Literarios" donde resaltaban las figuras de Riglos de Orbegozo, Cabello de Carbonera, Freire de Jaimes, Villarán de Plasencia, Larriva de Lloná, Dolores Chocano, Ureta de Madueño y donde reinó nuestra Juana Manuela Gorriti por su gracia, su abnegación y su talento.

Pero es, como el título indica, a la "Señora Desconocida" a quien, como en el simul del soldado, rinde Doña Amalia su homenaje, que termina así:

"Cuando examino los múltiples títulos que nuestras progenitoras remotas tienen al efectivo agradecimiento de toda su descendencia, creo que no bastan las palabras para expresarle, cual cumpliría y quisiera disponer de facultades persuasivas suficientes para levantar olas de entusiasmo que culminasen en un simbólico homenaje gráfico semejante al consagrado por los diferentes pueblos del orbe a sus héroes innominados—a las señoras españolas desconocidas, que completaron y perfeccionaron la obra de los conquistadores: Si éstos trazaron y edificaron ciudades materiales, aquéllas instituyeron agrupaciones gentilicias de innegable valor moral, de mérito real y verdadero; de modo que también a ellas se les debe un voto unánime de aplauso y un testimonio de común reconocimiento.

A esas nuestras abuelas ignoradas; a esas nuestras antepasadas anónimas; a esas nobles señoras españolas, en fin, yo me las imagino alejándose procesionalmente por los caminos del tiempo, en nutridas e interminables teorías, seguidas en perfecto orden por sus inmediatas sucesoras, hasta las más próximas a nosotros que casi todas hemos conocido en persona y en cuyos amorosos brazos, doblemente materiales, hemos dormido nuestros sueños infantiles.... Y al

imaginármelos así, desearía poder copiar en bronce o en mármol cualquiera de esas sombras pasajeras y fijarla gloriosamente en una plaza pública, para que la posteridad supiera cuán capaces hemos sido las peruanas de sentir respeto, admiración, cariño y gratitud por las fundadoras de nuestras raleas y modeladoras de nuestras sociedades”.

Estoy seguro que las mujeres argentinas, suscriben la exposición de la esclarecida peruana si bien no limitarían el homenaje a las “*Señoras de tono*” como aquella postula sino a todas esas mujeres abnegadas que en la “*Entrada*” de Rojas, en el *Fuerte* de Buenos Aires, en el Sancti Spiritu, en Santa Fé, en Asunción, en San Miguel sufrieron penurias y sacrificios y perdieron la vida al lado de sus compañeros de la estupenda empresa castellana y dejaron en la sangre de los hijos criollos, el sello bendito de las madres de la Patria.

Os leeré ahora dos bellísimas poesías del tipo descriptivo-evocativo de que os hablé y que se titulan “*Alfombra de Lus*” y “*Zaguanes Coloniales*”.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

En 1923, en la edición destinada por la revista argentina *Nuestra América*, a rendir homenaje al Perú, a instancias de su talentoso y generoso director, *Stefanini*, escribí unas líneas que titulé “*Los Martes de la Protervia*”, en las que recordaba al núcleo de redactores del *Mercurio Peruano* en su segunda época, iniciada y animada por el noble espíritu de Don Víctor Andrés Belaúnde uno de los más finos, ilustrados y amplios de América Hispana. La nominación de *La Protervia* y *Los Protervos* a la tertulia y a los contertulios y redactores del *Mercurio* fué una humorada paradójica de don Víctor Andrés, pues las calidades de sus amigos y colaboradores, parejas con las del dueño de casa, eran, intelectual, cívica y moralmente de los más altos quilates.

Ya he mencionado a algunos al referirme al primer artículo que conocí de Doña Amalia Puga de Losada y he de agregar ahora los nombres de Daniel Hernández, pintor, Federico Gerdes, músico, Honorio Delgado, médico, psicólogo y psiquiatra, Horacio Urteaga y Carlos Wiese, historiadores, John A. Mac Kay, educacionista, Mariano Ibérico Rodríguez, filósofo, Cristóbal Losada y Puga, matemático y, entre otros, los poetas Espinosa Saldaña, Eguren, Beltroy, Madueño y Alberto Ureta. A este último se le llamaba familiarmente *El Poeta* por antonomasia. Tenía ya tres libros muy bien calificados por la crítica. Su tesis para el Doctorado en Filosofía y Letras sobre el poeta Carlos Augusto Salaverry y sus poemas "*Rumor de Almas*" y "*El Dolor Pensativo*"; posteriormente, en 1933, dió a la imprenta "*Las Tiendas del Desierto*", ecos de dulce melancolía como aquellos otros, trasunto de un alma que vive envuelta como en el crepúsculo de una dulce tristeza, pero crepúsculo que si hoy parece un desmayado entre malva y añil de ocaso, mañana revive el rosa claro de un alba primaveral.

Ureta es un hombre aun joven, alto, bien proporcionado, sencillo, de ojos mansos, soñadores, acogedores; voz pausada, timbre de *liedd* íntimo; parco en el hablar, preciso pero sin jactancia en sus juicios, tolerante con el ajeno disenso y las debilidades del prójimo; hondo y leal en sus afectos, sin efusiones ostentosas, en la mirada y en la mano da en pleno o retrae dignamente la hospitalidad y la ternura de su alma selecta.

Es el poeta de la noble melancolía, del dolor pensativo, pero no es excéptico, ni pesimista, ni plañidero; siendo romántico tampoco se parece a los arquetipos elegidos por Gabriel Alomar: ni Wagner, ni Baudelaire, ni Hugo, ni Mazzini, ni Marx. Es un soldado en su puesto y un obrero en su taller presto a tender su mano y su corazón a todo necesitado, alegre con el bien ajeno, solidario en las inquietudes y angustias del hermano.

Hijo fiel y amoroso de su Patria, colmado de esperanza su espíritu en el porvenir de América, como su compañero y muy amigo Edwin Elmore; cristiano sin mancha, que pudo haber nacido en Assisi, la tierra del Santo y del cual puede decirse, como del Poverello dijo Juan P. Ramos "Su imagen llena la ruta, el espacio y el alma".

Ureta maneja con maestría de orfebre todos los metros y todas las formas del verso; su vuelo lírico se enmarca en una siempre grácil y noble expresión; señor del idioma y de los recursos literarios no es ni un purista ni un esteta, es un artista y sus cármenes surgen, ora cual gotas salarinas ora como hilo manso, del hondon de su manantion interior.

Pero os pido permiso para leer una bella página de Raúl Porras Barrenechea quien, prologando en *Mercurio Peruano* de fines de 1929, una selección de poesías de nuestro autor hace una ajustada y muy sentida síntesis estética y psicológica del mismo:

"Alberto Ureta es uno de los más puros valores de la lírica peruana. Para hallar un acento de sinceridad y una emoción tan directa y sencilla como la suya, habría que remontarse en nuestra poesía hasta Carlos Augusto Salaverry, el romántico de las "Cartas a un Angel", a quien acaso por una íntima coincidencia ha dedicado Ureta un estudio biográfico e interpretativo. El verso de Ureta es de una sencillez franciscana. Ni primores de rima, ni plasticidades verbales, ni imagerías, ni símbolos le atraen. Su ascetismo lírico huye de todo frívolo atavío y sólo aspira a elevar el alma por la oración de su dolor pensativo. A la sonoridad villaespesiana de algunos de sus primeros sonetos se sobrepuso inmediatamente la media voz confidencial y la vaga tristeza del asonante y del verso blanco que ha predominado en sus versos posteriores.

Esta poesía nació junto a un claustro gótico, estremecido por la voz de un salterio, como reza uno de los primeros sonetos de "Rumor de Almas". Pero a esta unción cristia-

na, se mezcla algo de fatalismo oriental. Una sensación de soledad y de abandono, de inmensa melancolía gris domina en los versos de Ureta. "Las tiendas del desierto" pensaba titular un libro inédito el poeta que desde sus primeros cantos sentía que iba errante cargando su bagaje de ensueño "en el Sahara infinito de mi melancolía". Obsesión de gris y de silencio, frente al tímido latido del corazón que ha inspirado sus mejores versos, tal como aquel que comienza "Se quema el tiempo sin cesar. Las horas caen hechas cenizas". Y hay también, para acentuar la sugerencia oriental, en los versos de Ureta, una sabiduría triste como de rubayat, que lamenta la fragilidad placentera de la vida e incita a gozar nuestro momento efímero entre dos eternidades de silencio. Su lied "Aquel que pasa sin mirar las cosas" podría, incluso por la brevedad de la forma, figurar como del propio Omar Khayam.

La nota predominante en la poesía de Ureta, a pesar de este impreciso desengaño, es sin embargo la de una dulce conformidad y una ternura recóndita que alejan de sus versos toda negra sombra de pesimismo. En el agua de los sueños que corren, irreversiblemente como la vida, el poeta se inclina a besar por un momento la imagen de la Amada que se llevan las ondas fugitivas del río. El mismo amor, correspondido y sereno, no es para el poeta fuente de inquietudes, y a sus propias poesías amorosas, castas y suaves, podría hallárseles, como a los gritos eróticos de los místicos españoles, una íntima clave celestial.

En sus últimos versos escritos después de la aparición de "El dolor pensativo" se afirma aún más esta honda urgencia de beatitud y de paz. El poeta cartujo sólo quiere ya el silencio de la celda amiga en la que no falten "ni el mendrugo de paz ni el dulce sorbo de silencio" y la voz presentida de la Esperada que venga a decirle que ya es la hora del último sueño".

Y mi Mensaje a la manera del "Envío de los madrigales":

La poesía, el arte que perdura enbellece y ennoblece la vida es aquel que, aunque nos inquiete y atormente el espíritu y el corazón los deja como después de un pampero fecundo, limpios y ávidos para que en ellos arraiguen semillas y se abran flores y maduren frutos de nuevos ideales y nuevas esperanzas.

ANTONIO SAGARNA.

Buenos Aires, 1936.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccielli Converso»

